

Leg. 5^a Paqueta 13

El Desmo.

391

48.

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL,

POR EL PRESBITERO

D. JUAN JOSE BLANCA Y SALIDO,

LICENCIADO

EN SACRADA TEOLOGIA,

CURA PARROCO DE SANTA MARIA DE UBEDA,

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN DICHA FACULTAD,

EL DIA 18 DE JUNIO DE 1859.



MADRID: 1859.

Imprenta de Luis García, calle de San Bartolomé, número 4.

VVA. BHSC. LEG.05-1 n0391

HTCA

U/Bc LEG 5-1 n°391



1>0 0 0 0 2 7 6 0 4 3

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL INSTITUTO

D. JUAN JOSE BLANCA Y SALIDO

EN LA CATEDRA DE

CURA PARROCO DE SANTA MARIA DE TUDA

EN EL AÑO DE

DE RECIBIR LA LICENCIATURA DE DOCTOR EN DIGNA FACULTAD

EN EL AÑO DE 1833

1833

A los señores de esta Real Academia de San Fernando, número 4

UVA. BHSC. LEG.05-1 n0391

EXCMO. SEÑOR:

LA religion es una necesidad del género humano ; es el lazo que une y estrecha al hombre con su Criador; le enseña el fin para que fué criado, y establece los medios para alcanzarle. Ya consideremos al hombre aislado, ya formando sociedad con sus semejantes, uno de los primeros elementos de su ser individual y de su vida social, es la religion. En vano se agitaria tras el deseo innato de la verdad y del bien ; inútilmente aspiraria en la sociedad á llenar el vacío que siente en su corazon, si prescinde de la religion. La religion es para el alma la luz que la ilumina en medio de sus tinieblas, y es para la sociedad el principio mas fecundo de su vida, y la fuente de su estabilidad : por eso jamás se vió en la larga série de siglos que viene atravesando el mundo desde su creacion, que existiesen hombres sin religion, ni pueblo alguno se constituyese en sociedad, sin basarla sobre una religion y un culto que diese vigor y fuerza á las leyes que debian formarla.

Tiene por objeto la religion tributar al Supremo Hacedor

dor un culto, una adoracion de reconocimiento á su omnipotencia, y de amor y gratitud á su misericordia; fijar las relaciones entre Dios y el hombre; recordar al hombre su origen; marcarle su destino y los medios para llegar á él; regular, por último, las mútuas relaciones de los hombres entre sí. Así, toda religion la constituye una doctrina, una moral y un culto. La doctrina, para ilustrar al entendimiento enseñándole la verdad: una moral que dirija las aspiraciones de la voluntad hácia el bien, que es su objeto: un culto que sea la fiel espresion de la doctrina y de la moral.

Ahora bien: ¿podrá la razon humana llegar por sí sola á adquirir el conocimiento de estas verdades?.... El hombre, como todos los seres criados, tiene un destino que llenar aquí en la tierra, y como ser inteligente, dotado de un alma espiritual, un fin mas allá de la vida presente. Si prescindimos de la inmortalidad del alma; si negamos la existencia de otra vida futura, nos negamos á nosotros mismos, ahogando un sentimiento que es propio de nuestra condicion de seres racionales. Esa inquietud de nuestro espíritu en pos de la verdad que nunca satisface el vacío de la inteligencia; esas aspiraciones del corazon hácia el bien que nunca alcanza, ni llena completamente sus deseos, es, entre otras, una prueba de que nuestro destino, nuestro fin, están mas allá del mundo que admiramos, y que nuestro entendimiento abarca con su vasta capacidad. ¿Podrá el hombre, por sola su razon, con la observancia de los preceptos del orden natural, llegar á conseguir los fines á que el Creador le destina en la vida presente y en la eternidad? Hé aquí, Excelentísimo señor, de lo que voy á hablar en este acto solemne. Me propongo demostrar que la religion natural sola, y cual la entienden los deistas, no basta para que el hombre realice su destino y fin sobrenaturales.

Si preguntamos, Excelentísimo señor, qué se entiende por religion natural, apenas podremos concebirla por sola

la esplicacion que de ella dan sus defensores. Todos convienen en definirla. «El culto que la razon abandonada á sus propias luces enseña á dar al Ser Supremo, autor y conservador de todas las cosas.» Pero ¿en qué consiste esta religion? ¿Cuáles son sus dogmas? ¿Cuál su moral? ¿Y su culto? ¿Qué dice sobre el destino del hombre? Al fijar la esencia de una religion tal; al querer indagar los dogmas que la constituyen, la moral que establece y el culto que prescribe, no encontramos mas que contradicciones y dogmas, moral y cultos tan varios é inconsecuentes, como vario y failable es el fundamento en que se apoyan, y el punto de partida de que nacen. La razon es impotente para llegar á adquirir por sí sola el conocimiento de verdades tan altas: cierto que remontándose algunas veces mas allá de las cosas visibles, ha llegado hasta las regiones donde Dios habita, y admirando allí sus perfecciones, se ha postrado rindiéndole un homenaje de admiracion y respeto: cierto ha hecho grandes é importantes descubrimientos; pero al lado de estos descubrimientos, en medio de sus sublimes investigaciones, sufrió lamentables extravíos. La razon, abandonada á sus propias luces, jamás llegaria á conocer con perfeccion las verdades religiosas. Para poder apreciar hasta dónde alcanza en esta clase de investigaciones, y juzgar con precision hasta dónde se estiende abandonada á sus propias luces, seria necesario examinarla en un hombre separado de la sociedad, y aislado de toda comunicacion con sus semejantes; porque otra razon no seria la razon abandonada á sí misma, sino la razon ilustrada por medio de la educacion y enseñada por la observacion, y el comercio humano, y el conocimiento de Dios, del hombre y de sus mútuas relaciones, no es en tal caso una creacion propia, sino un conocimiento adquirido por medio de la enseñanza.

La religion natural ó la ley natural no se denomina tal, por ser una creacion de la razon, sino porque una vez re-

velada, la aprueba y encuentra conforme con su norma de juzgar.

Al nacer, no traemos en nosotros idea alguna de verdad, sino únicamente facultades para recibir y cultivar las verdades que se nos han de ofrecer, y la sociedad del género humano en la que nos vemos desde luego mezclados, nos ofrece en todas partes el tesoro de las verdades, de las ideas y de los conocimientos que ha adquirido por el espacio de muchos siglos: las aspiramos con maravillosa fecundidad; las asimilamos á nuestra inteligencia, ya predispuesta á recibirlas, y con la elaboracion á que las sujetamos en nuestro interior, las fecundamos, derramando mas tarde sus frutos en torno nuestro con mas ó menos abundancia: por eso la razon, abandonada á sus propias luces, quedaria virgen en sus facultades. Y si esto sucede en la adquisicion de las verdades en general, ¿qué será tratándose de la verdad religiosa? La verdad en el órden de la religion se ha fundado siempre, y en todas partes, sobre tres ó cuatro puntos principales, á saber: la espiritualidad del alma, su inmortalidad, la existencia de Dios y el culto á la divinidad. Pues bien: todas estas verdades, universalmente adoptadas, no están naturalmente bajo el dominio de la razon: nuestra razon no se agita mas que dentro del círculo de los objetos naturales, y solo obra por el testimonio de las sensaciones, y estas verdades pertenecen á un órden sobrenatural y superior á los sentidos. ¿Cómo, pues, abandonada á sí misma, podria elevarse al conocimiento de ellas, ni aun siquiera sospechar que existen? Si existe un mundo superior al que habitamos, ha sido necesario un enviado de él para darnos á conocer su existencia y las relaciones que á él nos unen; si hay verdades sobrenaturales, es necesario suponer una palabra sobrenatural que las haya revelado. La razon natural no basta, pues, para llevar al hombre á su fin y destino sobrenaturales. Su destino está mas alto, infi-

nítamente mas alto que su razon. Simple nuestra alma como verdadero espíritu, é inmortal por lo mismo, despues de la vida presente, fugaz y pasagera, necesariamente ha de tener un fin, pero fin en donde la inteligencia encuentre la verdad que satisfaga, y la llene completamente en sus aspiraciones, y la voluntad un bien que no deje vacío alguno en sus deseos; esta verdad y este bien no pueden ser mas que Dios, verdad única y absoluta, bondad suma y perfecta. Los que nieguen este órden ó fin sobrenatural, despojan al hombre de los títulos de su nobleza, y ahogan con crueldad en el corazon esas incesantes aspiraciones hácia lo eterno, en que cifra su perfecta dicha. «No consiste la perfeccion de la criatura racional, como dice el gran filósofo Santo Tomás de Aquino, únicamente en lo que le conviene ó pertenece segun su naturaleza, ó en el órden de ella, sino tambien y mas, en lo que por cierta sobrenatural participacion de la bondad ó naturaleza divina se le atribuye. Las demas criaturas no dicen inmediata relacion á un principio universal, sino solamente á una cosa particular, pues aunque participan de la bondad divina, ó no es mas que en cuanto al ser, como sucede á las cosas inanimadas; ó segun que ademas, viven como sucede á las plantas; ó segun que viven y conocen los singulares, como á los animales acontece. Aquí todo es orgánico, singular, limitado. No así en el hombre, que conociendo la universal razon del bien y del ser, á ese principio universal ha de decir cierto órden, y con él ha de ponerse, y se pone, en efecto, en inmediatas relaciones; buscando tras la luz comunicada, la luz eterna; tras el mundo natural, el mundo divino; y tras estos espejos ó enigmas que nos hacen ver entre sombras á Dios, su vision clarísima, que es lo que beatifica.» Nuestro destino, pues, nuestro fin último es la union eterna con Dios, y entre Dios ser infinito, y el hombre finito y limitado, hay una distancia que solo Dios puede hacer accesible, elevándonos á una altura

que, sin contradecir nuestra limitacion, nos haga capaces de participar de esa union. Para esto no bastan los principios naturales: porque, ¿qué proporcion hay entre la potencia humana, cognoscitiva é inteligente, y el objeto infinito que debemos adorar en espíritu y verdad? Si en los objetos naturales sucede que ve el hombre el efecto y no puede ver la causa, ¿cómo en el orden divino ha de aspirar á ver por sí la virtud infnita, al mismo tiempo que ve el efecto producido por ella? Esto, Excelentísimo señor, es de un orden superior á nuestra capacidad.

Siendo nuestro destino la union eterna con Dios, se infiere que la religion, lazo ó escala que nos une y hace subir á tanta altura, es preciso que sea tambien sobrenatural para que haya proporcion entre el fin y los medios que á él conducen; y sus dogmas deben ser tales, que aun superando la limitacion de nuestra inteligencia, nos den de la divinidad una idea digna de un Dios infinito y omnipotente: que sean siempre unos, porque uno é inmutable es el Dios á quien se refieren: que á pesar de su oscuridad produzcan certeza, habilitando así al entendimiento, á la union con la verdad suprema. Su moral debe ser tan pura, que por sí sola sea capaz de perfeccionar y elevar la voluntad hácia el bien sumo, porque perfecto y elevado es el Dios con quien ha de unirse. Y su culto público y esterno, espresion del dogma y de la moral, debe ser tan grande y admirable, como omnipotente, sábio y bueno es el Dios á quien se tributa. Y la razon natural, abandonada á sus propias luces, ¿podrá nunca elevarse á tanta altura? Exigirlo seria querer un imposible; seria querer traspasar los limites que Dios le ha prefijado. Entre el orden natural á que la razon pertenece, y el sobrenatural, en el que está nuestro destino, hay un muro de separacion que solo puede romperse sobrenaturalizando, digámoslo así, al hombre. La religion, pues, que es el medio para llegar á este fin, es indispensable que sea tam-

bien sobrenatural si ha de guardar la debida proporcion.

Las contradicciones y absurdos en que cayeron todos los que, olvidando ó desfigurando la revelacion, trataron por sola su razon de establecer una religion como medio para que el hombre pudiese realizar su fin y su destino, demuestran hasta la evidencia que la razon natural es insuficiente para enseñar al hombre lo que debe creer y practicar, y que sin el desenvolvimiento de la revelacion hecho por la ley de Moisés y el Evangelio de Jesucristo, la humanidad permaneceria envuelta entre las tinieblas y supersticiones del paganismo. Decidme, sino, ¿cuál fué la religion de los pueblos antiguos que olvidando las tradiciones universales, la verdad revelada primitivamente por Dios al hombre, trataron de forjar con sola su razon un sistema religioso? ¿Qué opinaron de Dios? ¿Qué acerca del origen del hombre? ¿Y su destino?... ¿Cuáles fueron sus dogmas? ¿Y su moral? ¿Y su culto? No solo yacia postrada entonces la humanidad en la mas crasa ignorancia acerca de las verdades religiosas, sino que era tambien juguete del error y del absurdo. Es verdad que figuraban en la antigüedad los nombres de Thales, Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles, génios con los que se honró la humanidad; es verdad que ocupaban un puesto distinguido en las páginas de sus escritos Dios, el alma del hombre, la libertad, la providencia, lo justo, la sociedad, la vida futura; pero Pitágoras admite la trasmigracion de las almas de unos cuerpos á otros; el divino Platon sostiene con toda severidad la distincion entre las razas de esclavos y hombres libres; Aristóteles consignó como un dogma la eternidad del mundo, y Ciceron rechaza la prescencia divina; pero desgraciadamente al lado del sistema de Thales, que admite una mente fecundando la materia, está el de su discípulo Anaxemandro dando á la materia un movimiento ciego y sin agente; al lado del modesto Pitágoras se levantan Xenofanes y Parmenides, acusados de fundado-

res del panteísmo, y los materialistas Demócrito y Lencipo; al lado de las profundas teorías de Platon, se nos ofrece una série de académicos frívolos y superficiales; y junto á las bellas máximas morales de Sócrates aparece en el cuadro, formando horroroso contraste, el epicureísmo. Sin unidad en sus dogmas, y sin mas guía que el de su razon falible, eran impotentes para alcanzar la verdad, y mucho mas para generalizar y perpetuar su enseñanza, puesto que sus discípulos se rebelaban contra ella y establecian otra, sujeta á la misma vaguedad y fases; de suerte que todo fluctuaba entonces á merced del capricho, de la pasion y del orgullo, y la razon humana, despues de luchar inútilmente por evitar el extravío ó la contradiccion, cansada de disputar y desconfiando encontrar la verdad, vino á refugiarse en el escepticismo. Hé aquí el término de la razon abandonada á sus propias luces. Sí, Excelentísimo señor. Al querer la inteligencia, en el presentimiento de su dignidad superior, elevarse al órden sobrenatural, separar la luz de las tinieblas, distinguir el bien del mal, la verdad del error, por sí sola y sin el auxilio de la revelacion, marcha sin órden por los coacerbados vacíos de la duda y del error, y negando las verdades reveladas, porque no alcanza á comprenderlas, viene á parar en dudar de todo, negándose á sí misma; por eso la historia de la filosofía, separada de la revelacion ó aduletrando las verdades reveladas, es la historia de las variaciones de la razon humana; unas teorías se oponen á otras, destruyéndose mutuamente, y unos sistemas contradicen á otros sistemas.

Y no se diga que la ilustracion, el desarrollo de la inteligencia, sus grandes triunfos y extraordinarias conquistas pueden llevarla hasta poder fijar los dogmas y verdades en el órden religioso. Este es un mundo superior á sus alcances, y querer penetrar en él es esponerla á continuas caidas. A la emancipacion de la razon del yugo de la fé se deben

esos sistemas tan variados y absurdos para explicar las verdades en el orden religioso. Apoyados en estos principios, unos rechazan los misterios so pretexto de que no pueden conciliarse con la razon. De ese principio nació esa filosofía estéril de los últimos tiempos, que no veía en el mundo sino un conjunto fortuito de átomos en las fuerzas de la naturaleza, fuerzas misteriosas que brotan de ella misma; en la sociedad, individualidades reunidas á impulsos de políticos ambiciosos y astutos; en el trono una silla; en el altar una mesa; en la religion quimera y preocupacion; en la virtud una bella mentira; en el vicio un amable é injustamente proscripito, y el hombre materia y modificaciones de la materia: á él debe su origen esa filosofía orgullosa que, en el esforzado empeño de restaurar el trono de Dios, como atrevidamente proclama, le destruye por su cimiento haciéndose atea al divinizarlo todo, y queriendo afirmar la certeza, retrocede en nombre de las luces á los tiempos del escepticismo. Ved el término de la razon cuando quiere traspasar los límites de sus facultades y por sí sola pretende dar á la inteligencia la verdad en el orden religioso. Cual nave flotadora que perdida la brújula zozobra en el abismo incesantemente amenazada por las olas de turbulento mar, así entonces, por entre los vacíos de la incertidumbre y de la duda, viene á sumergirse en el escepticismo, y negando las verdades reveladas porque son misterios que se ocultan á su comprension, concluye por no afirmar nada. Hed aquí, en último resultado, los dogmas de la religion natural. La inteligencia en esos sistemas religiosos, lejos de colocarse en el camino que ha de conducirla á su fin sobrenatural; lejos de tener certeza que pueda tranquilizarla en su posesion, el escepticismo, que es la muerte del alma, es en último resultado lo que encuentra. Sus dogmas son tantos y tan diferentes, cuantas son las razones que pretenden penetrar en ese misterio oculto de la religion. La religion natural, por consi-

guiente, tal como la pintan los deistas, no basta para que el hombre por su medio pueda realizar su destino y fin sobrenaturales. ¿Y qué diremos de la moral? ¿Y del culto? La moral, esa regla infalible del bien obrar, que reorganiza al hombre interiormente sometiendo la voluntad á la razon, y á aquella á los sentidos y pasiones, en una religion cuyos dogmas no bastan para enseñar la verdad al entendimiento, la moral es tambien insuficiente para enseñar á la voluntad el bien; porque sabido es que la voluntad nada quiere, sino lo que el entendimiento le propone como bueno, y nada aborrece, sino lo que el entendimiento le propone como malo; y cuando en los dogmas religiosos no hay unidad, cuando no hay en ellos la verdad que busca el entendimiento, porque esta no puede ser mas que una, en las acciones ejecutadas por el imperio de la voluntad y bajo el influjo de un entendimiento, con tales condiciones carecen de la bondad con que han de ir revestidas para que sirvan de medio para llegar al fin. Cuando los dogmas no son unos y la doctrina que estos contienen carece de toda autoridad, no dando al entendimiento certeza en la adquisicion de la verdad, la voluntad en tal caso, sin guia que la conduzca, sin regla fija que la dirija hácia el bien, fluctúa y se pierde en el anchuroso mar de las pasiones, y en su aspiracion incesante hácia la bondad, concluye por divinizarlas, juntando así lo mas abominable con lo mas sagrado.

Entre el dogma y la moral hay un enlace tan íntimo como lo hay en el hombre entre el entendimiento y la voluntad; porque la moral es al dogma lo que el efecto á la causa, y la voluntad al motivo determinante, es la fé práctica. Por eso se observa que el termómetro de la moral baja en los pueblos todos á proporcion que bajan las ideas en el orden religioso, y sube cuando sube tambien el de las ideas. La religion, pues, que es impotente para dar al hombre una doctrina fija y verdadera, lo es tambien para llevar la volun-

tad hácia el bien, y tras la ignorancia ó negacion de un Dios único y espiritual, de un alma inmortal, de una Providencia misericordiosa, de una justicia futura, de una culpa original, de la rehabilitacion de la humanidad, de la remision de las faltas y de la curacion de las conciencias, viene la negacion de la humildad, la misericordia, la mansedumbre, la caridad, la fraternidad y la igualdad, la esperanza, la fé, el amor de Dios, el sacrificio, la pobreza voluntaria, el perdon de las injurias, el desinterés, la resignacion, el arrepentimiento, la penitencia, etc., ó no se vé en las acciones sino efectos necesarios, ó no se mira mas que la satisfaccion de las pasiones, ó todo se mide por el frio cálculo de la utilidad. Y el culto, que es la espresion del dogma y de la moral, el signo de las ideas religiosas y morales, lejos de espresar la elevacion del alma entonando himnos de amor y de alabanza al Supremo Hacedor, la deprime y resfria, porque no teniendo verdad el entendimiento, y careciendo de bien la voluntad, el corazon carece tambien del sentimiento de la belleza y sublimidad.

La religion natural, pues, por su impotencia para fijar dogmas, por los absurdos en que incurre y por su falta de unidad, por sí sola no basta para que el hombre realice su destino y fin sobrenaturales.

Los defensores de este sistema, al querer enaltecer á la razon negando lo que su limitacion no alcanza á comprender, la colocan en la situacion mas deplorable, porque sin verdadero conocimiento de Dios, del hombre y de sus mútuas relaciones; sin autoridad, por otra parte, para poder imponer ni aun enseñar las importantes verdades de la religion, se agitan en vano y despojan al hombre de los títulos de su nobleza, tratando de ahogar con crueldad en el corazon esas incesantes aspiraciones hácia lo eterno en que funda su perfecta dicha.

Y no se crea que al decir nosotros que la razon nada

puede en el órden de la religion para por sí sola llevar al hombre á su fin y su destino, nos despojamos de ella sacrificándola en obsequio de la fé. Antes bien los católicos la enaltecen mas, y con su ayuda, de los mismos misterios de que está rodeada la religion, hacen brotar la luz, y para salir del laberinto en que está envuelta la vida humana encuentran éxito fácil, sea cualquiera la situacion que ocupen. Si sostienen la existencia de un Dios eterno é infinito, y por consiguiente incomprendible, es porque sin él no conciben nuestra existencia; si admiten el acto de la creacion, es porque sin él no ven mas que un fondo vacío, la nada; si atribuyen á Dios la providencia de este mundo, es porque sin ordenador no encuentran mas que un caos; establecen la espiritualidad del alma, que es la base del pensamiento; la libertad, porque es la base de la moral; ideas morales, porque no puede despojarse de ellas el mismo filósofo que las impugna; penas y premios despues de esta vida, porque sin sancion el órden moral carece de garantía. El pecado original descifra el enigma de nuestras contradicciones; explica nuestra dignidad la Encarnacion, y supone á su vez la Trinidad; revela la Redencion la malicia del pecado; es consiguiente la medicina de la gracia á la intensidad de la dolencia, y un regalo infinito se hermana con el amor propio de un Dios inmesurable. A la Iglesia, como sociedad perfecta, corresponde una organizacion jerárquica; un primado de jurisdiccion como centro resulta de su esencia, la unidad.

Hed aquí en bosquejo la doctrina católica; toda ella se concilia bien con la razon, pero es con la razon iluminada por la fé y elevada á un órden sobrenatural. Todo ello es superior á nuestra comprension; pero como esta religion es el medio para llegar á un fin sobrenatural, sus dogmas, moral y culto, siendo sobrenaturales, guardan la proporcion debida con el fin á que se refieren.

He concluido, Excelentísimo señor. Yo desconfio haber

llenado mi cargo con aquel acierto que reclamaban la importancia del asunto y la ilustracion de un público tan acostumbrado á saborearse con las esmeradas producciones que se pronuncian desde esta cátedra ; pero si otros me han escedido en ofrecer un trabajo digno, no me superan en gratitud á la benévola acogida que me dispensais dándome un lugar, siquiera el último entre vosotros.

HE DICHO.



llendo mi cargo con aquel celo que requieran la impor-
 tancia del asunto y la justicia de un público testimonio
 para á satisfacción con las correspondientes producciones que se
 promuevan desde esta ciudad; pero si en caso de que no
 hubo en efecto un trabajo ó que no se supiera en esta
 tal á la debida sazón que me hicieran dándose un lu-
 gar, siempre el mismo entre vosotros.

He dicho.

UVA. BHSC. LEG.05-1 n0391